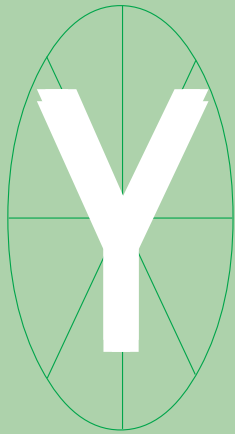


Inmigración e interculturalismo: Educación Intercultural: pronóstico reservado

► *Xavier Lluch*



a no cabe duda de que hay que sumar un nuevo término al lenguaje políticamente correcto. Al discurso ecológico, coeducativo, igualitario, solidario, democrático... cabe ahora añadir un nuevo adjetivo: intercultural.

También la política educativa y la pedagogía han incorporado muy profusamente la utilización del término.

Pero hay síntomas de la mala salud de la educación intercultural.

TRES SÍNTOMAS DE LA MALA SALUD DE LA EDUCACIÓN INTERCULTURAL

Primer síntoma: inflacionitis (se advierte en la inflación de interculturalidad y en la urgente necesidad de diferenciar los diferentes enfoques teóricos).

En nombre del interculturalismo, se desarrollan propuestas con sentidos muy diferentes. Ello nos debería alertar sobre la necesidad de diferenciar las propuestas, independientemente del término con que se designan. Al mismo tiempo, resulta fundamental desvelar (y denunciar) aquellas que, bajo la retórica del discurso –ahora intercultural–, esconden los mismos planteamientos de asimilación cultural de siempre.

Son conocidos los diversos modelos que se han desarrollado para el tratamiento de la diversidad cultural. Lo que nos interesa es señalar que, básicamente, lo que nos estamos jugando es la pugna entre un planteamiento «técnico» (tangencial, restrictivo); y un enfoque de análisis global de la cultura escolar. Creo que en estos años el debate se ha venido conformando a partir de la tensión entre estas dos perspectivas.

La primera se centra en el tratamiento de la diversidad cultural «de los otros». La diversidad suele interpretarse así en términos problemáticos y conduce a una intervención centrada en la adaptación, en la compensación «de-aquellos-que-han-de-integrarse». La diferencia cultural deviene en deficiencia. Desde esta posición, la cuestión de la diversidad cultural únicamente compete a contextos concretos, a alumnos concretos. Desgraciadamente, ésta es una concepción muy instalada, presente a me-

nudo en propuestas de las administraciones educativas y en el pensamiento pedagógico de una parte del profesorado.

Del segundo enfoque cabe esperar perspectivas de tratamiento de la diversidad cultural con un carácter global, que asuman el debate sobre la multiculturalidad como una magnífica ocasión para interrogarnos sobre cuestiones esenciales de nuestra caracterización cultural. Y, desde un planteamiento pedagógico crítico, plantea analizar qué papel juega en este proceso lo que llamamos cultura escolar.

Esta segunda orientación propone considerar las posibilidades de la escuela como agente de construcción cultural.

Lamentablemente, en el debate entre estas dos perspectivas, parece claro que es muy preponderante la primera de ellas y que, en el análisis de lo que debe ser una propuesta intercultural, pesa decisivamente la percepción social «del diferente», aquel que, presuntamente, aporta la diversidad cultural.

Segundo síntoma: problematititis (se manifiesta en una percepción problemática y conflictiva de la multiculturalidad).

A menudo el discurso retórico de la interculturalidad se acompaña de declaraciones que van más allá del reconocimiento de la diversidad cultural. Se alude incluso a su deseabilidad, a su valor intrínseco, a la riqueza que aporta al conjunto de la sociedad.

Sin embargo, simultáneamente, este discurso convive con otro, aparentemente contradictorio. Se trata de una concepción que, sistemáticamente desacredita, devalúa, problematiza el «diferente», lo que acaba generando una percepción del contacto intercultural como perjudicial, desintegrador de las culturas implicadas, amenazador de la cultura de la sociedad receptora.

Son muchos los ejemplos que, cotidianamente, podemos encontrar en los media. Podemos reconocer, al menos, tres tipos de razones en la argumentación de esta percepción. Las llamaremos *amenazas*, pues como tales son utilizadas en el discurso: la amenaza demográfica, la amenaza laboral y la amenaza cultural.

Una combinación, decía, eficaz y perversa: por un lado, una concepción general retórica positiva, un reconocimiento formal de la diversidad; por otra parte, una reali-

En nombre del interculturalismo, se desarrollan propuestas con sentidos muy diferentes. Ello nos debería alertar sobre la necesidad de diferenciar las propuestas, independientemente del término con que se designan.

dad de dureza hacia los diferentes, una ideología del sentido común que problematiza la diferencia.

Tercer síntoma: teoritis (se manifiesta en el enorme desequilibrio entre teoría y práctica intercultural).

Cierto que ha crecido espectacularmente la literatura pedagógica sobre educación intercultural en nuestro contexto. Pero, lamentablemente, no ha aumentado al mismo ritmo el número de programas, recursos, materiales curriculares, proyectos, experiencias educativas... para desarrollar en la práctica la educación intercultural.

Cabe aquí resaltar la enorme responsabilidad de las administraciones educativas. No se han desarrollado programas ni planes educativos que, desde las instituciones, hayan previsto un marco general de atención a la diversidad por lo que respecta a la educación intercultural.

Solamente la urgencia de determinadas demandas han obligado a algunas administraciones a planificar recusos específicos.

No se ha aprovechado la apreciable cantidad de experiencias educativas que los maestros/as han desarrollado interpretando las diferencias culturales y utilizando esta diversidad desde la cultura escolar. Carecemos de una red de experiencias educativas que permita su difusión y aprovechamiento.

Tampoco se ha promovido desde las instituciones educativas una verdadera política de edición y difusión de materiales curriculares de educación intercultural. Hubo algún amago de edición de una colección de materiales; pero han sido iniciativas sin continuidad.

Continúan siendo los foros autónomos quienes han desarrollado mayor cantidad y calidad de grupos de trabajo, seminarios y espacios de intercambio de experiencias sobre educación intercultural.

Un ejemplo esclarecedor de cómo la educación intercultural ha «huido hacia adelante», elaborando discurso y alejándose de la práctica, lo constituye el tratamiento de lo gitano.

Puede afirmarse con rotundidad que el nacimiento de las primeras propuestas de educación intercultural en España está muy ligado al tratamiento de la cultura gitana en la escuela. Sin embargo, con el paso de estos años, el discurso de la interculturalidad ha ido creciendo en generalidad: el tratamiento de las dificultades lingüísticas de los inmigrantes extranjeros, la necesidad de incorporar la dimensión identitaria europea... Sea como fuere, lo cierto es que, como resultado, el peso específico de lo gitano en el discurso sobre interculturalidad se ha reducido notablemente y ello se ha trasladado

también a la proporción en los materiales curriculares.

EDUCACIÓN INTERCULTURAL: ¿MORIR DE ÉXITO?

Los síntomas, como es sabido, no son la enfermedad. Pero, desgraciadamente, son ya demasiados años manifestándose como tales como para despreciar su importante valor diagnóstico.

A menudo, la mejor manera de desvirtuar un contenido es convertirlo en etiqueta, en eslogan. Convertida en bandera, y arropada en un falso consenso, se habla de educación intercultural sin hablar de ella. Porque se trata de un discurso superficial; un discurso que trata la diversidad cultural desconectada del contexto social e ideológico donde se manifiesta, del análisis de cómo se producen las relaciones entre los grupos sociales y culturales, de los factores sociales y económicos que las condicionan, de la ideología social que subyace en todo este proceso.

Hay que desenmascarar el interculturalismo ligh, basado en una representación de diversidad (a menudo racializada, vinculada estrechamente a «lo étnico») absolutamente amable, desprovista de conflicto, constituyente de un mensaje de concordia y felicidad intercultural... Una representación de la diversidad cultural estilo benetton: Una multiculturalidad que, al tiempo que afirma las diferencias, esconde el debate ideológico que subyace a las relaciones entre culturas, un tipo de representación que mezcla la pluralidad con una apelación despolitizada a la armonía y la paz.

Es este un discurso intercultural que ha obtenido gran aceptación (basta observar cómo el estilo benetton ha encontrado imitadores por ejemplo en la publicidad) y que cualquier día podremos ver como telemaratón.

Habrà que atacar la enfermedad más que preocuparse de los síntomas, y por eso conviene volver al principio o, más exactamente, a la raíz: las interacciones entre grupos (sociales, culturales) se explican en función de sus relaciones de poder. Hay que revelar la naturaleza política y económica de lo intercultural para entender sus claves. No puede desligarse el debate de la diversidad cultural del debate sobre la marginación y la desigualdad. Sólo así habrá posibilidad de colaborar a una comunidad cohesionada e integradora. Y ese es el objetivo último de la educación intercultural.

De lo contrario se hablará de diversidad cultural para hacer un reconocimiento formal y dejarlo todo donde estaba. Y lo que es peor, para –basándose en el consenso que concita– agotar las posibilidades de un debate de mayor profundidad. Se cumpliría así la fatal paradoja y el curioso pronóstico: morir de éxito.

Cierto que ha crecido espectacularmente la literatura pedagógica sobre educación intercultural en nuestro contexto. Pero, lamentablemente, no ha aumentado al mismo ritmo el número de programas, recursos, materiales curriculares, proyectos, experiencias educativas... para desarrollar en la práctica la educación intercultural.